

“Como todos dicen, la misión no empezó cuando llegamos a lo de las hermanas, sino desde principio de año cuando empezamos a juntar donaciones y a hacer las reuniones preparativas.

Allí fue donde formamos una comunidad y organizamos las tareas que cada uno tenía a su cargo. Tener una tarea así significaba tener presente a toda la gente de Nueva durante las semanas previas a la misión. Pero no éramos solo nosotros quienes los tenían presentes, sino también las familias y los demás chicos del colegio, quienes participaron de los distintos eventos para recaudar fondos y siempre estaban atentos a lo que se necesitaba.

El día que llegamos a Nueva, los vecinos se acercaron y nos prepararon la comida, mientras que nosotros saludábamos a los nenes que nos venían a saludar con una sonrisa que llegaba hasta lo más profundo del alma. Las sonrisas brotaban de todos lados, no podías pasar ni cinco minutos que aparecía alguien y te sonreía. En mi opinión esto fue lo que más marco la misión, tal vez se hacían silencios incómodos, conversaciones que nadie entendía, problemas e inquietudes que nadie podía resolver; pero allí siempre estaba la sonrisa, que salía del alma para transmitir un sinfín de sentimientos que siempre concluía en Dios que es fuente de amor.

Los siguientes días transcurrieron bien, con algún que otro inconveniente, pero siempre dando lo mejor de cada uno. Así es como, el día que nos fuimos, (nos habían ido a despedir muy pocos chicos porque ese día no había colegio) me quedé impresionado por la actitud de las hermanas y de una señora, madre de un nene de la escuela. Las caras que tenían las hermanas nos transmitían la sensación de que sin habernos despedido ya nos estaban extrañando, y en el caso de la mujer, ella lloraba desconsoladamente y no paraba de decir "gracias". Solamente cuando la vi reaccionar así, me di cuenta de lo que habíamos hecho: habíamos llevado la esperanza a un lugar que paradójicamente la había perdido.

Javier Previgliano 5to año A